

LA GASOLINERA

-Nos hemos perdido...- al oír esas palabras abrí mis ojos lentamente y me incorporé del asiento. Aún no me había desprendido de mi somnolencia cuando miré a Francis y a Víctor esperando a que alguno de los dos dijese algo para poder entender lo que acababa de oír. El primero, que era quien conducía, me miró con cara de preocupación. Bostecé y estiré los brazos.

-¿Dónde estamos?- tan sólo conseguí balbucear, pues aún tenía sueño. Miré a ambos con cierto gesto de confusión en mi rostro.

-Hemos cogido un desvío hace tres cuartos de hora y hemos venido a parar aquí...- explicó Víctor. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Cogió un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Me ofreció uno y lo acepté. Hizo el mismo gesto con nuestro amigo, quien rehusó la oferta, sin mirarle siquiera, pues no hacía más que observar a través del parabrisas lentamente, como si estuviese orientándose.

-¿Tres cuartos de hora? ¿Tanto rato he dormido?

-Sí...- y señalando hacia el panel de luces añadió:-Y estamos a punto de quedarnos sin gasolina...

-A lo mejor llegamos hasta la gasolinera- interrumpió Francis.

Quise preguntarle que a qué gasolinera se refería, pero era obvio que se trataba de la del cartel que nos estaba señalando.

-Vamos va...- dijo Víctor.

Arrancó el coche y giró por un pequeño camino a la izquierda, siguiendo la indicación. El terreno era bastante más salvaje que el anterior, lleno de baches y piedras, factor determinante para tener que ir a muy poca velocidad. Me acomodé en la parte derecha del asiento trasero y bajé la ventanilla para tirar la ceniza de mi cigarro. Tras una nueva calada observé el paisaje: tan sólo veía la más inmensa de las llanuras. Campos de maíz bañados con el achicharrante sol del pleno mes de agosto se extendían en kilómetros a la redonda. Ni una nube paseaba por el cielo y tampoco corría una pizca de aire. Eran las doce del mediodía, la hora más calurosa de la jornada.

-¿Queda agua?- estaba sediento. Sin mediar palabra Víctor me pasó la botella. La abrí y di un trago. Pese al calor que hacía en el interior del vehículo, aún se conservaba a buena temperatura. Al dar el segundo trago, sentimos como el coche perdía fuerza por segundos, hasta que se paró.

-¡¡Mierda!!- Francis acompañó el grito con un puñetazo en el volante.

Tras unos segundos callados, Víctor rompió el silencio.

-Vamos andando... No debe estar muy lejos...

Me bajé del coche y estiré mis brazos de nuevo al poner mis pies en el suelo. Francis susurraba algo, enfadado, su tez le delataba. Dio un portazo al coche y empezó a caminar.

-¿Lleváis dinero? A mi no me queda nada...- anuncié siguiendo a mi amigo. Rebusqué en mi bolsillo, tan sólo llevaba el móvil. Lo saqué y observé la pantalla: no tenía cobertura.

-Yo llevo la tarjeta- dijo Víctor lanzando su cigarro al suelo y pisándolo. Hice lo mismo que él. Los tres seguimos caminando. Ahora el camino era cuesta abajo.

Estuvimos un rato sin mediar palabra. Francis soltaba algún taco de vez en cuando como gesto de enojo.

-Nos tendríamos que haber quedado alguno en el coche... No me fío...- dijo mirando al frente.

De pronto, surgido de la nada, algo salió de entre el maíz y se abalanzó sobre él.

-¡¡Aaahh!!- gritó. Era un perro, un pastor alemán. Forcejearon unos instantes, pero vimos como cerraba su mandíbula en su brazo derecho. Volvió a gritar, esta vez con más fuerza.

-¡Joder! ¡Puto perro!- intenté hacer algo, pero me quedé bloqueado. Víctor cogió una piedra del suelo y se acercó.

-¡¡Eeh!!- al oír el grito el perro soltó el brazo de Francis y mostró sus dientes en posición de ataque. Víctor lanzó la piedra con toda su rabia.

Oímos como la cabeza del can se rompía al mismo tiempo que escuchábamos un leve gemido. Cayó al suelo muerto, con la cabeza aplastada, y la sangre empezó a extenderse en la arena.

-¿Estás bien?- pregunté acercándome a nuestro amigo herido, que se había sentado en el suelo y se tapaba la herida con la mano izquierda. Víctor, mirando el cadáver del animal con cara de asco, se acercó lentamente.-Déjame ver...- le dije quitándole la mano de la herida.

Francis soltó un pequeño grito de dolor. De la herida emanaba bastante sangre. Sin pensármelo, me quité la camiseta, hice una especie de bola con ella y presioné sobre la herida. Volvió a gritar.

-Duele...- susurró-Puto perro de mierda...- dijo incorporándose.

-Claro que duele, mantenla presionada- le dije. Avanzamos unos metros más y el camino giró a la derecha. Ahí estaba, a unos escasos cien metros, la gasolinera.

-Espero que al menos tengan botiquín- dijo Víctor.

Miré a Francis. Caminaba con la mirada fija en el suelo. La camiseta estaba totalmente ensangrentada.

-¿Estás bien?- le pregunté poniendo mi mano sobre su hombro. Negó con la cabeza.

Ya estábamos frente a la puerta cuando me di cuenta de lo antiguo de aquel lugar. Parecía abandonado. El surtidor tenía la pinta de no haber funcionado en años. Totalmente oxidado, y las paredes de madera de la pequeña caseta se caían a trozos.

-Menos mal que no estamos en Texas...- susurré.

Abrimos la vieja puerta de cristal y al entrar aquél olor a rancio invadió mis fosas nasales.

Miramos en el interior de aquella pequeña tienda. De pie junto a la puerta. Aquello tenía un aspecto fantasmal.

-¿¡Hola!?- preguntó Víctor mirando hacia el mostrador. Miré en la estantería que había junto a mí. Al no ver a nadie, me llevé un paquete de chicles al bolsillo.-Aquí no hay nadie...- Víctor se acercó al mostrador, sobre el cual habían expuestas unas cinco latas de gasolina.

Di una vuelta por la sala, buscando alcohol y gasas para Francis, hasta que di con ello.

-¿Hay alguien?- volvió a preguntar.

Un rato después había vendado el brazo de Francis y nosotros habíamos hecho 'la compra'. Cogimos dos latas de gasolina y llenamos un cesto con bolsas de patas y bebidas. Cuando nos dispusimos a salir del local, el corazón me dio un vuelco al oír aquellas palabras.

-Ladrones hijos de puta...- los tres miramos hacia el mostrador, desde el cual nos observaba un hombre mayor que nos estaba apuntando con una escopeta.

-Oiga... no... no... creímos que...- balbuceó Víctor.

-Nosotros no...- yo tampoco conseguí articular palabra alguna-Nos hemos quedado sin gasolina y a nuestro amigo le ha...

-¡¡Cállate!!- ordenó el viejo en un grito. Tragué saliva asustado.

-Tranquilo, le pagaremos todo esto...-Víctor se acercó lentamente al mostrador-Pensábamos que no había nadie y que...

Y el hombre disparó. Paralizado por el horror vi como si a cámara lenta fuese, cómo los sesos de mi amigo volaban hasta estamparse contra una de las estanterías. Oí como Francis gritaba, abría la puerta e intentaba escapar. El cesto que Víctor llevaba cayó al suelo. Se rompieron dos botellas y las bolsas se escamparon por el suelo. Su cuerpo cayó al suelo, muerto. Sentí un gran escalofrío recorriendo mi espalda, que se hizo más fuerte al mirar a través de la puerta como un hombre agarraba a Francis por el cuello y entraba con él de nuevo en la tienda.

Me di cuenta de que estaba temblando. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Tragué saliva de nuevo mientras miraba fijamente al hombre, quien ahora me apuntaba a mí con la escopeta. Tan sólo supe dejar caer mi bolsa al suelo y alzar mis manos, en signo de rendición. Francis gritaba desesperado, vi como lloraba. El hombre lo cogió fuertemente del brazo vendado y apretó en la herida.

-¡¡Aaaahh!!- ese ensordecedor grito me heló la sangre. Haciendo fuerza hacia abajo le obligó a arrodillarse junto a mi.

-Papá, éste se quería escapar- dijo el hombre.

-Bien hecho hijo...- el hombre salió del mostrador.

Volví a mirar a quien acababa de matar a uno de mis mejores amigos. Y fue cuando oí aquél golpe seco. Me mareé, y asocié el golpe con el profundo dolor de cabeza que sentía. Caí al suelo.

-Javi... Javi...- abrí mis ojos lentamente al oír como Francis susurraba mi nombre. Me incorporé lentamente y miré a mi alrededor.

-¿Dónde estamos?- le pregunté. Era una pequeña habitación de apenas un metro y medio cuadrado. La luz entraba por una pequeña ventana que había cerca del techo. El suelo y las paredes estaban sucios. Olía a moho.

-No lo sé... nos han encerrado aquí hace un rato...- mientras decía esto le miré absorto. El vendaje de su brazo estaba empapado de sangre y tenía un ojo morado y una pequeña brecha en la ceja izquierda.

Pronto me percaté de que estábamos. Él con las manos pegadas al estómago y yo por detrás. Miré la cuerda: no era muy doble.

-Acércate...- le dije.

-¿Qué...?

-Voy a intentar quitarte la cuerda...

-¿Cómo...?- le mostré mis dientes. Francis acercó sus manos a mi boca y empecé a mordisquear la cuerda, primero por un lado, intentando rasgarla con los colmillos.

No recuerdo el rato que estuve mordisqueando la cuerda, hasta que al fin conseguí romper parte de ella y él, de un tirón, la rompió. Me miró sorprendido a la cara.

-Tío...te sangra la boca- me dijo. Yo ya había notado el sabor de la sangre al tragar, pues me había hecho una herida en las encías al morder la cuerda. Noté como un hilo de

sangre resbalaba por mi barbilla, por lo que me la limpié con el hombre.

-Te toca- me puse en pie como pude, golpeándome la cabeza contra la pared, y Francis deshizo el nudo con las manos en un momento.

Zarandé las manos unos instantes y me froté las muñecas, pues me dolían aún debido a la presión. Me llevé la mano al bolsillo, buscando el móvil, pero no lo llevaba, seguramente esos desalmados me lo habían quitado.

-¿Cabrás por ahí?- le pregunté mirando a la ventana.

-¿Y tú como saldrás?- me preguntó.

Me agaché y cogí las cuerdas del suelo. Se las mostré y empecé a unir las formando gruesos nudos. Tras comprobar su resistencia estirando de ambos lados, junté mis manos para que mi amigo apoyase el pie en modo de escalera. Lo alcé con todas mis fuerzas. Abrió la ventana lentamente y sacó medio cuerpo fuera. Después sacó el cuerpo entero y oí como caía al suelo con los pies. Lancé la cuerda hacia la ventana y él tiró de ella.

-Ahora...-oí que decía en voz baja desde el otro lado cuando la cuerda estaba tensada.

Apoyé mi espalda en la pared, los pies en la otra y, cogiendo la cuerda con todas mis fuerzas para ayudarme, empecé a subir. Al no llevar camiseta, me rocé toda la espalda con la pared. Me costó poco, menos de lo que me imaginaba, y cuando ya estaba arriba, casi me da un infarto al oír unas llaves rebuscando tras la cerradura.

Miré hacia el interior del pequeño habitáculo y después, repleto de temor, miré a Francis, que como un manojo de nervios, me decía que saltase de una vez. Tenía ya medio cuerpo fuera cuando oí como bajo mis pies alguien gritaba algo. Miré de nuevo al interior y vi al hombre que me había golpeado, el que había cogido fuera a mi amigo hacía un rato. Tan sólo supe darle una patada con todas mis fuerzas en la boca, con tan buena suerte que se golpeó la cabeza con el borde de la puerta y cayó al suelo, sentado. De su boca salía bastante sangre, y yo me había hecho daño en el pie debido a la fuerza que había hecho.

Entonces fue cuando salté. Caí mal, apoyando una de mis manos en la caída y grité de dolor. Francis me ayudó a levantarme y miré mi mano derecha: la uña del dedo corazón había saltado entera por completo y el dedo anular estaba completamente pegado al dorso de mi mano. En un acto reflejo, lo llevé de nuevo a su sitio, oyendo como crujía y gritando de dolor otra vez.

-Vámonos...- me dijo Francis.-Estos cabrones han traído hasta aquí el coche...

Miré hacia mi izquierda y vi el coche frente a la puerta de la gasolinera. Le faltaban las dos ruedas de delante y el parabrisas delantero estaba rebentado. Medio cojeando, pues me dolía aún el pie, empezamos a correr.

No recuerdo cuántos pasos habíamos dado hasta que oí aquel <<¡¡Quietos!!>> que me heló la sangre. No osamos a girarnos y aceleramos la marcha. Y fue cuando oí el disparo. Encogí mis hombros a modo de acto reflejo y miré a mi amigo. De su boca empezó a salir sangre a borbotones y acto seguido se desplomó al suelo de cara.

-¡¡Francis!!- grité desesperado. Bajo su nuca vi una profunda herida de bala, que estaba empezando a manchar toda su espalda de sangre.-¡¡Nooo!!- me arrodillé junto a él, moviéndolo su cuerpo buscando que me respondiera. Lloraba como nunca lo había hecho.

Miré hacia atrás y vi como aquel hombre de la gasolinera cargaba la escopeta. Paralizado por el pánico, tardé tiempo en reaccionar, aunque no tanto, pues el disparo tan sólo me alcanzó en el brazo derecho. Sumergido por el dolor, me incorporé tan rápido como pude. Me llevé la mano izquierda a la herida y presioné con todas mis fuerzas. Corrí y corrí, mientras oía como aquél hombre gritaba algo. Hasta que desaparecí entre los

maizales. Oí un nuevo disparo, y como la bala pasaba muy cerca de mí, y seguí corriendo. Tuve la suerte de que era un palmo más alto que yo, logrando así camuflarme en todo momento.

El tiempo que pasé corriendo entre el maíz se me hizo eterno. Parecían horas, aunque seguramente no fuesen más de quince minutos. Oí un nuevo disparo, por lo que seguí corriendo, esta vez más rápido. Tras un rato agotador, decidí parar unos segundos a descansar. Me senté en el suelo. Miré mi herida, tenía muy mala pinta, sería el motivo por el cual el brazo me dolía a horrores. Y fue cuando oí algo esperanzador: un coche. Me incorporé rápidamente y empecé a caminar. Otro coche, y otro. De repente el maíz se acabó y vi la autopista. Tan sólo tenía que bajar un pequeño terraplén de unos dos metros y saltar el quitamiedos para que alguien me viese. Tal fue la emoción, que al dar el primer paso, resbalé. Lo último que recuerdo es que caí de morros contra el suelo.

Me he despertado hace más o menos unas tres interminables horas en un hospital. Después de interrogarme, la policía ha decidido ir a la gasolinera donde ha ocurrido todo. Después han vuelto, comportándose conmigo de otra forma. Uno de ellos no me quita la vista de encima desde hace rato. El otro habla con la enfermera. Al estar tumbado bocarriba me duele la espalda, pues la tengo llena de pequeñas rozaduras. Me han extraído la bala del brazo y lo llevo vendado, además del dedo entablillado.

-¿Tomas drogas?- me pregunta un tercero.

No sé qué responder, me sorprende la pregunta.

-¿A qué viene esto?- consigo decirle. Desde la camilla en la que estoy tumbado tengo una buena perspectiva de la sala, y veo como los otros dos policías y la enfermera me miran esperando una respuesta.

-Hemos hablado con el dueño de la gasolinera, y nos ha dicho que le habéis atracado, que ibáis drogados y que habéis matado a su hijo. Que él tan sólo se ha defendido. Por lo tanto los dos testimonios no concuerdan, así que te haremos un control de análisis de estupefacientes...

-No... no puede ser...- no me creo lo que estoy escuchando. ¿En defensa propia? Maldito loco. Al intentar levantarme uno de los policías me sujeta. Por el escándalo armado entran dos enfermeros.-¡¡Soltadme!!- grito desesperado. Esto tan sólo me sirve para que me aten a la cama. Como si estuviese loco. Después veo como la enfermera inyecta algo en mi brazo. Y me calmo. Me relajo. Estoy más relajado que nunca. Veo como los enfermeros me sueltan y se alejan lentamente y dos de los policías abandonan la sala mientras el otro le dice algo a la enfermera. No logro oírlo. Tengo sueño. Mis ojos se cierran sin yo quererlo. Miro hacia la puerta, que está entrecerrada, y allí está, mirándome fijamente, el hombre de la gasolinera.